

Hombres y mujeres se necesitan mutuamente

“Estar bien juntos es posible cuando cada uno se acepta y descubre lo que puede aportar al otro”, dice Mariolina Ceriotti

Después de años ejerciendo como neuropsiquiatra infantil y psicoterapeuta de adultos y parejas, Mariolina Ceriotti Migliarese ha condensado gran parte de su experiencia en dos obras desde las que intenta explicar su visión de la mujer y del hombre: *Erótica y materna* (Rialp, 2018) y *Masculino: Fuerza, eros, ternura* (Rialp, 2019). Los entiende como diferentes, cada uno capaz de una aportación específica que el otro necesita.

La autora ha visitado Madrid esta semana para participar, junto con el filósofo Higinio Marín, en el coloquio 50 aniversario de Aceprensa, bajo el título “Mujer y varón. Hacia una filosofía de la complementariedad”. Con esta ocasión hemos conversado con ella.

— *En una sociedad donde la inclusión es tan importante, ¿tiene sentido centrarse en las diferencias?*

— Entiendo que a veces puede ser molesto ahondar en las diferencias; pero, para estar bien, cada persona necesita entender quién es. Todos nacemos con un cuerpo que nos define como mujeres o como hombres, y hay que aprender a descubrir nuestra especificidad. La posibilidad de estar bien juntos se da cuando cada uno se acepta y descubre lo que puede aportar al otro. Hay algo que el hombre no tiene y que necesita de la mujer, y al revés también.

— *¿Por qué cree que es necesaria una nueva reflexión sobre este tema?*

— Nunca ha habido tanta igualdad entre hombres y mujeres como hoy y, sin embargo, nunca hemos estado tan enfrentados. Por eso aumenta el número de divorcios, e incluso de personas homosexuales, porque las

mujeres están con las mujeres y se entienden entre ellas, y con los hombres pasa lo mismo.

— *¿Cuál puede ser la causa de que ese enfrentamiento se haya agudizado en los últimos años?*

— Creo que en realidad nunca ha habido mucho entendimiento. Lo que pasa es que antes, las mujeres teníamos dependencia económica del hombre, y el sexo estaba vinculado a la maternidad. Ahora que no tenemos que estar calladas, el problema de fondo ha salido a la luz.

— *Más allá de roles sociales y brechas salariales, ¿dónde cree que radica la diferencia entre mujeres y hombres?*

— La diferencia es de naturaleza ontológica porque la naturaleza humana es sexuada, no es neutra. Nacemos con la condición masculina o femenina; de nuestro cuerpo parten todas nuestras sensaciones y eso configura el modo de entender todo. La distinción de los cuerpos masculino y femenino nos habla también de la diver-

sidad a la hora de percibir el mundo: los hombres, a través de las emociones fuertes y rápidas, y las mujeres de una manera difusa al principio, pero mucho más profunda al final.

Todo lo que digo es gracias al feminismo, pues creo que, a la hora de hablar de diferencias, el primer paso es recordarles a los hombres que valemos lo mismo.

— *¿Diría que los estereotipos clásicos asociados a uno y otro sexo tienen algo de cierto?*

— Podemos pensar que, en general, las mujeres son sensibles y los hombres prepotentes, pero, en mi opinión, estos estereotipos son simplistas. Es erróneo basar la diferencia en roles y funciones sociales. O hablar de la personalidad de “los hombres” y las “mujeres” como un todo. Las características que se asocian a uno y otro cambian con los tiempos y dependen de muchos factores: dónde ha nacido uno, su historia, la cultura de su país... De hecho, hay hombres más sensibles que muchas mujeres.

Carmen García Herrería



Mariolina Ceriotti Migliarese (Foto: Inés Gutiérrez Dorronsoro)

Frenar el cambio climático no es indoloro

Para reducir las emisiones faltan medidas concretas que exigen sacrificios

Recién comenzada la Conferencia Mundial sobre el Clima (COP25: Madrid, 2-13 de diciembre), se supo una noticia relativamente buena. Este año se espera que las emisiones mundiales de dióxido de carbono, el principal gas de efecto invernadero, aunque registrarán un nuevo máximo, suban solo un 0,6%, mucho menos que en los dos años anteriores (2,1% y 1,5%).

Esas son las últimas estimaciones del Global Carbon Project. Confirman que el aumento de emisiones se está reduciendo: fue del 3% anual por término medio en la primera década del siglo, y bajó al 0,9% en la segunda.

De todas formas, este año no se esperaba un incremento tan pequeño. La sorpresa viene, en primer lugar, del carbón, el combustible fósil más contaminante. Las emisiones de esta fuente bajarán un 0,9% este año, después de subir un 1,4% el anterior.

Crecer quemando carbón

El uso del carbón experimentó un fuerte repunte entre 2002 y 2011, en gran parte porque China atizó con él su crecimiento económico. Desde entonces, las emisiones debidas a este combustible, que estaban alrededor del 36% del total, superan a las correspondientes al petróleo. Aunque ya están por debajo del máximo de 2011 (43%), siguen siendo las primeras, con el 40%. Por fortuna, China está sustituyéndolo por otros combustibles, energía nuclear y renovables.

También la India ha acelerado su economía con carbón, y sus planes de sustituirlo van por detrás de los de China. Por eso ha sido otra sorpresa que sus emisiones vayan a subir en 2019 solo un 1,8%, muy por debajo del 8% de 2018 y el 7% de 2017. Al menos en parte, la causa es coyuntural: un monzón extraor-

dinariamente lluvioso ha permitido aumentar la producción hidroeléctrica. Está por ver si la promoción de energías renovables permite que India siga frenando el aumento de sus emisiones.

El retroceso del carbón será más que compensado por el crecimiento de las emisiones debidas a los dos combustibles siguientes: petróleo (+0,9%) y gas natural (+2,6%). El gas es el menos contaminante de todos, y ahora aporta el 20% de las emisiones totales, un punto y medio más que hace diez años.

El mayor recurso al gas en vez de carbón ha permitido frenar el aumento de las emisiones, pero eso no basta: es preciso que disminuyan, cosa que solo ha sucedido una vez, en 2009 (-1,4%), por efecto de la crisis económica internacional.

El descenso sigue lejos

El mundo está muy lejos de bajar las emisiones. El Acuerdo de París prevé que en 2030 sean, a lo sumo, como las de hoy, y cada vez más bajas a partir de entonces. Pero, según los modelos predictivos actuales, de esa manera no se logrará el objetivo principal del Acuerdo: que a final de siglo la temperatura media haya subido sensiblemente menos de 2 °C con respecto a los niveles preindustriales. Más bien haría falta recortar las emisiones un 50% de ahora a 2030, cosa que se ve poco factible al actual ritmo de progreso. Por ejemplo, la proporción de electricidad de origen renovable, que hoy es el 7% en el conjunto del mundo, tendría que llegar a la mitad.

**Los países combinan
declaraciones enérgicas
y resistencia a tomar
medidas dolorosas**

Eso exigiría una expansión tan acelerada, que encarecería notablemente la energía eléctrica durante años, por las fuertes inversiones necesarias. Y eso no haría nada por reducir las emisiones debidas al transporte, que si bien son la mitad de las correspondientes a la generación de electricidad, suponen un 22,5% del total y nunca han parado de aumentar.

¿Pueden contar los gobiernos con el favor popular para imponer los sacrificios que exige combatir el cambio climático? Por una parte, está la presión de las repetidas y multitudinarias manifestaciones convocadas en medio mundo para demandar acción. Por otra, en el último año se ha podido comprobar que subir el precio del carburante puede desencadenar una revuelta (Francia, Ecuador, Irán).

Promesas ambiciosas y pasos cortos

De momento, los avances son a base de promesas ambiciosas y pasos cortos. Casi un centenar de países, incluidos los de la Unión Europea (UE), se han comprometido a ser neutros en carbono (retirar tanto carbono como emiten) en 2050. Pero Alemania aprobó en septiembre un plan que deja intactas las ventajas fiscales para el gasóleo, y en el mercado de emisiones creado para el transporte y la construcción pone al carbono un precio demasiado bajo para estimular las inversiones necesarias en energías limpias.

Esta combinación de declaraciones enérgicas y resistencia a tomar medidas dolorosas, en el fondo nada sorprendente, se ha visto de nuevo en la COP25, como en las anteriores (ver "Qué se discute en la COP25", Aceprensa, 9-12-2019). Había que acordar los procedimientos para contabilizar cuánto carbono emiten y cuánto retiran de la atmósfera

los países, y cada uno buscaba una fórmula que le diera el balance más favorable con el menor sacrificio. El peligro es adoptar unas cuentas que permitan decir que se han cumplido

los objetivos marcados pero que no sean reales. Al final, no ha habido acuerdo, y el asunto se ha dejado para la siguiente COP.

Se explica que Greta Thunberg

declarara, al llegar a Madrid, que, pese al éxito mediático de los Viernes por el Futuro, “desde cierto punto de vista, no hemos logrado nada”.

Rafael Serrano

La opción benedictina, en la vida real

Rod Dreher presenta una “ecoaldea cristiana” en Lyon, mientras Leah Libresco ensaya alternativas más viables

Rod Dreher ha entrevistado recientemente al inspirador de una “ecoaldea” de familias católicas, al noroeste de Lyon (Francia). Aunque el proyecto nació antes de que apareciera su libro *La opción benedictina* (ver Acepresa, 24-05-2017), lo presenta como un ejemplo del tipo de comunidad contracultural que defiende.

Según explica François Nollé a Dreher en la larga entrevista publicada en *The American Conservative* (29-11-2019), en el origen de su “ecoaldea cristiana” –construida en torno a una abadía cisterciense del siglo XII– hay tres familias. Luego se sumaron más personas; en total, son 15 adultos y 30 niños.

François y su mujer Blandine, padres de varios hijos, vivían en París. En 2015, conocieron el movimiento agroecologista “Colibris”, fundado por el filósofo francés de origen argelino Pierre Rabhi. Aunque Rabhi no es cristiano, François y Blandine se sintieron atraídos por su idea de fundar “oasis” sostenibles “en medio del desierto individualista y capitalista”. Pero echaban en falta la orientación religiosa.

Ese mismo año, el Papa Francisco publicó la encíclica *Laudato si'* y se entusiasmaron con el mensaje de la “ecología integral”, que interpretaron como una llamada a ver que “todos los aspectos de una forma de vida están interrelacionados”.

De ambas ideas surgió la inspiración para poner en marcha su “ecoaldea” en La Bénisson-Dieu, un pequeño pueblo donde la diócesis de Lyon tiene cuatro casas. Los nuevos habitantes se han comprometido a

rehabilitarlas para que puedan vivir en ellas personas con dificultades económicas. “No queríamos fundar un proyecto que nos aislara totalmente de la sociedad”, sostiene François.

Las tres familias se instalaron en agosto de 2016 y todas han encontrado empleo por la zona. En la página web que explica el proyecto, dejan claro lo que no les gusta de la cultura actual y cuál es su alternativa. Quieren “vivir la ecología integral y difundir esta forma de vida”. Lo que se traduce, entre otras cosas, en “una vida espiritual más encarnada”; en una vida “centrada en la convivencia, que nos permita redescubrir nuestra vocación profunda y restaurar nuestra mirada contemplativa sobre la belleza de las cosas”; en una economía “respetuosa con el medio ambiente”; en una comunidad donde impere la acogida, “en primer lugar a los pobres, para re-integrarlos”, etc.

Una comunidad de cuidado

¿Cómo es la vida en la aldea? El día comienza con una adoración eucarística, a las 6:30, a la que sigue el rezo de Laudes. Luego parten al trabajo.

Leah Libresco quiere ayudar a los jóvenes a “construir comunidades de oración, socialización y evangelización en los lugares donde viven y trabajan”

Los niños –de 3 a 7 años– estudian en una escuela rural que cerró hace dos años y que han logrado reabrir. Hay una maestra a tiempo completo, con título oficial, a la que ayudan algunas mujeres de la comunidad cuando regresan de sus trabajos.

Durante la semana, organizan comidas o cenas en común, talleres, juegos, momentos de oración, cantos... Además, la vida en la aldea exige ciertos trabajos como cortar leña, cultivar frutas y verduras, organizar juegos para los niños, ayudar a los vecinos mayores, etc. Son estos vínculos fuertes lo que les convierte en una comunidad viva, dispuesta al cuidado y en guardia ante al individualismo. Pero no son una comuna: cada familia tiene sus ratos de intimidad y gestiona autónomamente sus finanzas.

En la entrevista no se explica a qué se dedican los adultos, salvo el dato de que trabajan fuera de la aldea. En este sentido, es cierto que no se retiran por entero del mundo. Dreher se defendía de este reproche en una entrevista para Acepresa (18-01-2019): “El mayor malentendido acerca de *La opción benedictina* es que parece que llamo a los cristianos a huir del mundo y construir una fortaleza en las montañas”. Pero el núcleo de su propuesta, explicaba, es la invitación a “ser más radicalmente contraculturales”.

Durante la entrevista, ciertas afirmaciones de François Nollé parecen sugerir que solo es posible vivir la fe cristiana a fondo en condiciones sociales óptimas. No niega que se pueda llevar un estilo de vida a contracorriente también en la ciudad, pero

tanto él como su mujer pensaron que en el campo sería más fácil. Ese “en su caso” es fundamental para entender la propuesta de la opción benedictina, que admite diversas concreciones en la vida real.

Al final de la conversación, Dreher menciona una iniciativa en Italia de la que ya habló en su libro y que, hoy por hoy, representa “el ejemplo ideal de una comunidad laica” inspirada en la opción benedictina. El proyecto, iniciado en 2012 por familias católicas vinculadas a la Compagnia dei Tipi Loschi del beato Pier Giorgio Frassati, está mucho más consolidado que el anterior. Asentada en una colina con vistas a la localidad de San Benedetto del Tronto y al mar Adriático, la comunidad cuenta con un colegio propio.

Hospitalidad y oración en la ciudad

Lo cierto es que tanto el ejemplo francés como el italiano tienen algo

de “fortaleza en las montañas”. De modo que sigue en pie la pregunta de si es posible una opción benedictina en medio de las grandes ciudades.

En un artículo publicado en *Public Discourse* (4-09-2018), Evelyn Behling sostiene que la visión de Dreher no supone necesariamente el repliegue en comunidades alternativas. En su opinión, hay una “parte constructiva” de su propuesta que se puede desarrollar en cualquier entorno social. Y pone como ejemplo el libro de Leah Libresco *Building the Benedict Option*, con prólogo del propio Dreher. En él ofrece soluciones prácticas a los creyentes que viven aislados su fe. Su deseo es ayudarles a “construir comunidades de oración, socialización y evangelización en los lugares donde viven y trabajan”.

Formada en la Universidad de Yale, Libresco ha trabajado como profesora de estadística, investiga-

dora de políticas públicas y periodista en *FiveThirtyEight*, además de colaborar con otros medios. Cuando se convirtió al catolicismo desde el ateísmo, buscó la forma de vivir su compromiso cristiano acompañada por otros. Una de sus inquietudes era adaptarse con creatividad a los locos horarios de sus amigos, jóvenes profesionales urbanos como ella.

Su céntrico apartamento en Washington D.C. se convirtió en el germen de lo que ha terminado llamando “encuentros Benedict Option”, cuyas señas de identidad son la hospitalidad y la oración. Cada viernes por la tarde-noche abría su casa a sus amigos para cenar y rezar juntos la liturgia de las horas: primero, las Vísperas; luego, la cena; después, las Completas; y por último, el postre.

Ahora Libresco está casada y vive en Nueva York, donde sigue organizando eventos similares con su marido.

Juan Meseguer

Más temas en www.acepresa.com

- 1 Qué se discute en la COP25 (Rafael Serrano)
- 2 Las entidades solidarias necesitan atraer a los más jóvenes (M. Ángeles Burguera)
- 3 Italia no reconocerá el “derecho a morir” en la reforma del Código Penal (Salvador Bernal)
- 4 Fundar una familia no es una prioridad para los “millennials” (Luis Luque)
- 5 Boris Johnson y la épica del Brexit (Antonio R. Rubio)
- 6 Portugal, un “tapado” en el informe PISA (Fernando Rodríguez-Borlado)

